

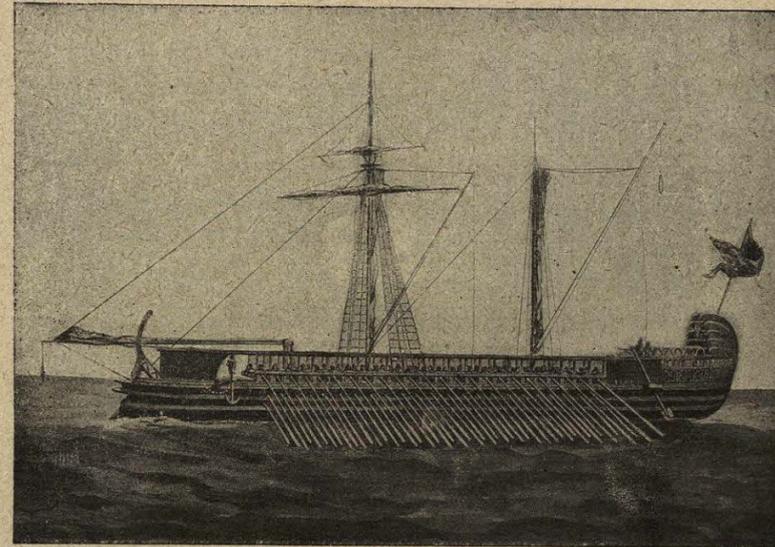
cual los corsarios griegos hacían incursiones guerreras en esos bellos y ricos territorios de la Dardania. Unas veces vencedores, otras vencidos, acabaron por apoderarse de las fortalezas enemigas, y los Troyanos sobrevivientes tuvieron que buscar asilo en tierras extranjeras. Así proceden las naciones para resumir en una epopeya o hasta en un simple mito todas las vicisitudes de un ciclo de la historia.

Si hemos de atenernos estrictamente a la narración de la *Iliada*, habría que creer en un parentesco muy próximo entre los invasores Griegos y los Troyanos. Hábitos y costumbres son los mismos de una parte y de otra; desde las laderas opuestas de las murallas se provocan los combatientes en la misma lengua; los dioses a los cuales se dirigen peticiones de socorro o acciones de gracias, difieren unos de otros, pero todos tienen asiento en el mismo Olimpo. Ha habido historiadores que han pretendido con gran apariencia de razón, apoyándose sobre el texto preciso de los antiguos cantos, que no había diferencia esencial de raza ni de origen entre los ejércitos que se disputaban Ilión. Pero una epopeya no es una memoria histórica; transforma los acontecimientos que pone en escena; como el teatro, les da la misma lengua, les coloca en un mismo medio¹; el interés popular lo exige; no hubiera podido tolerarse la intervención de un intérprete entre dos héroes que luchan, animados por pasiones furiosas. Así como en los libros de caballería Cruzados y Sarracenos se interpelan como si hablasen un mismo idioma, así también en el pasado de tiempos remotos el poeta no repara en hacer conservar como si fueran Griegos los guerreros de Troya y sus aliados venidos de las profundidades del Asia. Puede ser que en realidad el contraste de los idiomas, de los pensamientos y de las costumbres haya sido considerable entre los pueblos en lucha; quizá también, hasta cierto punto, la guerra de Troya simbolice un conflicto entre Europa y Asia, análogo al que se produjo durante las guerras médicas. Recuérdase el principio de las *Historias* de Herodoto; desde sus primeras palabras, el gran viajero, remontándose a los orígenes, establece una diferencia étnica entre los Europeos y los Asiáticos y hace a

¹ L. von Ranke, *Weltgeschichte*, I, 1, ps. 160 y 161.

los Persas solidarios de los Troyanos; la causa de la enemistad hereditaria, según él, podría ser la ruina de Ilión por los Griegos.

Como quiera que sea, el ciclo de la civilización era ciertamente el mismo para todos los ribereños del mar Egeo, orientales y occidentales. Unos y otros habían pasado, hacía ya mucho tiempo, la edad de la piedra; estaban todavía en plena



TRIRREME GRIEGA RESTAURADA

edad del bronce; aunque probablemente se usasen ya las armas de hierro. Un hermoso verso que tres mil años no han podido envejecer, se presenta dos veces en la *Odisea* (XVI, 294; XIX, 13): «Por sí mismo el hierro impulsa al hombre». Esta palabra, que la misma repetición indica haberse usado como un proverbio, no pudo haber tomado ese carácter proverbial sino en un siglo en que, para batirse, los guerreros empleasen el hierro, el metal del que verdugos y soldados se sirven todavía para desgarrar las carnes y cortar miembros y cabezas¹. El testimonio de los mismos Griegos es unánime en hacer remontar hasta los Asiáticos el mérito del descubrimiento de la fabricación del hie-

¹ G. Perrot y Ch. Chipiez, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, t. VII, p. 230.

rrero. Desde la más remota antigüedad, los mineros calibes, que vivían sobre las riberas meridionales del Ponto Euxino, hacia las bocas del Iris, eran famosos como fabricantes de armas, y hasta aprendieron a endurecer el hierro hasta cambiarle en acero; de donde se origina el nombre *chalybs* que tomó el nuevo producto.

La guerra, fatal a los Troyanos, que fueron exterminados o vendidos como esclavos en los mercados lejanos, fué también funesta a los Griegos, que con ella sólo obtuvieron desgracias. En tanto que los pueblos civilizados de los pequeños Estados de la Grecia meridional enviaban sus hombres más valientes y derrochaban todos sus recursos en la conquista de un imperio, los Dorios, bárbaros del Norte, se aprovechaban de la extenuación de sus vecinos y parientes para invadir las comarcas del Sud, empobrecidas, privadas de sus defensores: se realizó una nueva emigración de Griegos. La disposición triangular de la península de los Balkanes debía tener por consecuencia comprimir los pueblos en la dirección del Sud; propagándose cada gran movimiento de las llanuras del Norte, ayudaba a las emigraciones que se hacían desde los valles de Hoemus y del Pindo hacia la Tesalia y el Epiro, y desde esas mismas comarcas hacia las orillas del golfo de Corinto y el Peloponeso. Así es como los Pelasgos se habían extendido por las comarcas del Sud, como los Argeos del Norte, agrupados al pie del Olimpo, habían emigrado hacia la península del Mediodía que llegó a ser la Argólida.

Homero apenas menciona los Dorios; estos pobres clanes de montañeses no solían ser contados en su época entre los pueblos de la Grecia propiamente dicha. Sin embargo, las disensiones de los Helenos cultos y la debilidad de los Estados meridionales, les suministraron la ocasión de tomar un ascendiente que duró algunos siglos. Guiados por príncipes áqueos, que pretendían ser «hijos de Hércules» y que querían volver a su patria como conquistadores, los Dorios abandonaron sus ásperas regiones para ir alegremente al saqueo de comarcas más favorecidas por el Sol. De rudos agricultores y pastores que eran, se hicieron, como ya hemos dicho, hombres de matanza y de botín, a lo que su medio salvaje les predisponía ya; aprendieron a vivir, «no

de la reja del arado, sino del hierro de la lanza»; tierras, esclavos, riquezas, pidieron todo a esa punta acerada que tenían en sus manos. Por lo demás, parece que ese modo de comba-

N.º 161. Ubi Troja fuit



1: 500 000

0 5 10 15 20 25 Kil

La dificultad de doblar la punta de Kum-Kalesi condujo a los marinos a establecer un camino de tierra entre la bahía de Bechik (Besika Bay) y la primera cala del estrecho de los Dardanelos. Este istmo es el que vigilaba Ilion.

tir les facilitó la victoria; contra los Aqueos, que se precipitaban en desorden a la manera de los héroes de Homero, comenzando por desafiarse e injuriarse mutuamente, los Dorios avanzaban en silencio, pegados unos a otros, como una muralla en

movimiento¹; era casi la falange macedónica algunos siglos antes de Filipo.

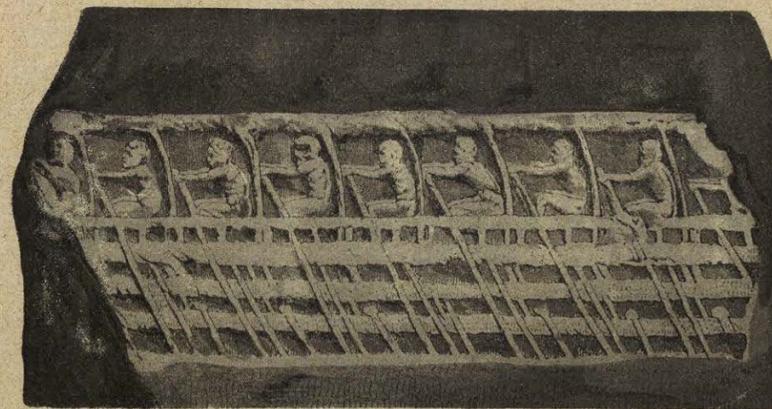
Las invasiones dorias se sucedieron probablemente durante muchas generaciones de hombres y todos los indicios concuerdan para hacer de este éxodo la simple continuación de movimientos anteriores que habían traído los «Helenos» propiamente dichos, o más bien los reyes conquistadores y jefes de guerra, entre los autóctonos de raza pelásgica. Los aristócratas, de grandes ojos azules, de cabellera flotante y dorada, de cráneo alargado, de nariz recta sin depresión en la raíz, esos hombres bellos, ágiles y fuertes que nuestros poetas y los escultores se complacen en representar, serían «Hiperbóreos», inmigrantes del Norte, hermanos de los Germanos y de los Escandinavos. Venidos en diferentes épocas, pero siempre como señores, se consideraban de buen grado como los Griegos por excelencia, aunque fuesen poco numerosos en proporción de los habitantes originarios, y que fuesen necesariamente condenados a perder su tipo, si no es quizá en Albania, por parecerse a los hombres morenos que constituían el fondo nacional. A lo menos habían conservado su lenguaje, que pertenecía al tronco ario, como el de las poblaciones del norte del Irán.

Después de la gran conmoción debida a las invasiones dorias, denominadas la «vuelta de los Heráclidos», el equilibrio de la Grecia continental y del Peloponeso se hallaba completamente cambiado. Una «Doris» o población dórica pura ocupaba la alta parte del circo de montañas donde nace el Cefiso beocio, entre el Kalidromos y el Parnaso: allí fué, o más cerca de la antigua patria Tesalia, donde se establecieron los clanes dóricos que mejor guardaron las costumbres originarias, cultivando ellos mismos el suelo de los ásperos y pobres valles que habían conquistado. Pero el grueso del ejército invasor había penetrado más, se había apoderado de la Fócida hasta el golfo de Corinto; después, contorneando el Atica, valientemente defendida, había forzado las puertas del Peloponeso, en Megara, en Corinto, y rechazando, matando o esclavizando las poblaciones residentes, por el derecho de la lanza, había hecho una tierra dórica de

¹ L. von Ranke, *Weltgeschichte*, t. I, 1, p. 169.

los antiguos reinos y comunidades pastorales del Oriente y del centro de la península.

La Argólida y la Laconia, sobre todo, llegaron a ser los centros de la dominación dórica, sin que, por otra parte, la raza de los conquistadores se conservase allí pura: después, hasta los mismos reyes de Esparta se vanagloriaron de su origen áqueo¹. Las regiones del Peloponeso que, en todo o en parte, escaparon



TRIRREME AFRACTA, GALERA SIN PUENTE DE TRES ÓRDENES DE REMOS, BAJO-RELIEVE DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS

a los Dorios, fueron las tierras montañosas del norte y del centro. Los Aqueos, rechazados en los valles del Cyleno y del Erymanto, se estrecharon unos contra otros a la vista de las aguas del golfo de Corinto; los pastores arcadianos, acantonados en su fortaleza, en medio del Peloponeso, conservaron en muchos puntos el goce de sus bosques y de sus praderas, y si los Mesenios hubieron de acatar al fin la ley del atroz vencedor, al menos fué después de haber resistido heroicamente. En cuanto a la Elide, con sus bellas campiñas regadas por abundantes aguas, estaba completamente abierta a las invasiones dóricas, y fué, en efecto, sometida a reyes de la raza conquistadora, pero en virtud de un acuerdo con unas ciudades confederadas. Mucho antes que los juegos olímpicos llegasen a ser la fiesta por excelencia de Grecia, la Elide era un país venerado de todos, gracias a un santuario fundado por el mítico Pelops, que a los juegos públicos unía la santidad y la fama del templo. Debido a ello,

¹ Herodoto, *Histoires*, lib. V, 72.
11-73